

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN ARGENTINA, 1990-2005

*Guillermo Almeyra Casares*¹

Este artículo plantea que los efectos sociales de la mundialización en cada país pasan por las características históricas, culturales y tradiciones de cada uno. Insiste además en que los piqueteros son parte del tradicional movimiento obrero y previene contra las ilusiones del autonomismo, muy fuertes en los años 2001-2002, para tratar de ver los posibles efectos de los movimientos sociales en un proceso más largo.

THE SOCIAL MOVEMENTS IN ARGENTINA, 1990-2005

This article proposes that the social effects of globalization depend, in every country, on its history, culture and traditions. It emphasizes that the *piqueteros* are now a part of the traditional workers movement and it prevents against the illusion of autonomy, which were particularly strong in the years 2001-2002. Finally, it tries to understand the effects of social movements in a long run.

LES MOUVEMENTS SOCIAUX EN ARGENTINA, 1990-2005

Cet article affirme que les effets sociaux de la mondialisation dépendent, dans chaque pays, des traits de son histoire, sa culture et ses traditions. Il insiste sur le fait que les *piqueteros* font actuellement partie du mouvement ouvrier traditionnel et il prévient contre les illusions autonomistes, très fortes pendant les années 2001-2002, en essayant de voir les possibles effets des mouvements sociaux à long terme.

¹ Profesor-investigador del Posgrado Integrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

¿ Por qué hablar de movimientos sociales *en Argentina* y no de movimientos sociales *argentinos*, como hacen muchos? Porque ni los países ni, por consiguiente, los movimientos sociales que ahí se producen, están aislados o pueden ser analizados en una especie de limbo teórico que los aísla como objetos de estudio. Porque lo nacional es sólo la manifestación local, con las características, tradiciones, relaciones sociales, ritmos, experiencias organizativas y densidad cultural-histórica propia de cada país, de la fase concreta de desarrollo del capitalismo mundial que vive la humanidad entera, la cual se caracteriza esencialmente por el dominio de las políticas del capital financiero internacional y la amenaza constante contra todos los países, en particular contra las naciones dependientes que aspiran a su independencia, de la guerra preventiva decretada por el gobierno de Estados Unidos.

La destrucción del ambiente, la reconstrucción del territorio en beneficio del capital,² la subsunción de las zonas rurales y las relaciones sociales (familiares, de parentesco, de compadrazgo) también por el capital, provocan sufrimiento a escala masiva en los sectores trabajadores y más pobres de la población y los obliga a realizar migraciones de magnitud bíblica.³ Por su parte, la amenaza de guerra y el gravísimo deterioro ambiental —agujero de ozono, inundaciones y sequías provocadas por las emisiones de gases nocivos que causan, con la deforestación, el recalentamiento del planeta— ponen en peligro la existencia de la civilización y pesan terriblemente en el plano de la subjetividad sobre la inmensa mayoría de las poblaciones, anulándoles la idea de futuro —junto con las ideas existentes en la fase anterior sobre el esfuerzo y el sacrificio para estudiar o trabajar, el ahorro, sobre la construcción lenta y esforzada de ese porvenir que hoy no existe—. A su vez, los terribles golpes sufridos por la democracia, con las dictaduras y la corrupción de los gobiernos —apoyados puntualmente por los gobiernos de Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales— han desgastado, en Argentina y en todas partes, no sólo los órganos de mediación —partidos, instituciones, iglesia, direcciones corruptas y burocráticas de los sindicatos— sino también la idea misma de que la democracia reside en el juego de las instituciones y es garantizada por éstas.⁴ Estas terribles agresiones, estos agravios masivos, la anulación brutal de derechos históricos adquiridos y de las raíces culturales, provocan reacciones. La resistencia oculta,⁵ subterránea, se transforma en estallidos, en creación de gérmenes de

² Como sucede en Argentina con la gran concentración de la propiedad de la tierra y la brutal extensión del monocultivo propio de la agroindustria sojera, que es de tipo “minero”, empobrecedor del suelo, que elimina a las vacas, así como la relación entre ganadería y agricultura y entre diversos cultivos, expulsa cientos de miles de pequeños productores rurales, reduce la necesidad de mano de obra agrícola, para producir forraje para los países metropolitanos en vez de alimentos para los campesinos, el mercado interno y quienes en el mundo padecen hambre.

³ En los años treinta, cuando Argentina tenía un PIB por habitante superior al de la mayoría de los países europeos, sobre 14 millones de habitantes los argentinos establecidos en otros países no llegaban a 10 mil. Actualmente, sólo en Miami esa cifra es diez veces superior y existe una diáspora argentina compuesta por varios millones de personas.

⁴ Si se quiere un ejemplo reciente, ahí está el caso de Bolivia, donde a la llamada *democracia representativa* se le opone la *democracia directa* de los movimientos sociales y la reconstrucción del país mediante una Asamblea Constituyente.

⁵ Cfr. James Scot, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México, 2000.

poder popular, de bases para una alternativa antisistémica. La primera conclusión, por consiguiente, es que al intentar analizar los movimientos sociales en un país, es necesario situarlo en el contexto mundial y en la fase precisa por la que atraviesa desde el punto de vista económico, social, cultural, político, demográfico.

¿Por qué concentrar este análisis en el lapso de 15 años, desde 1990 hasta el 2005, si la ofensiva mundial del Capital contra el Trabajo, bajo la dirección del capital financiero internacional, comenzó en realidad a fines de los años setenta, o sea hace un cuarto de siglo? Porque, en mi opinión (y en la de algunos otros analistas) aunque esa ofensiva continúa, ha perdido ímpetu y ha empezado a encontrar fuertes límites sociales⁶ —los movimientos sociales a escala mundial son una expresión de ellos— y también políticos.

En Argentina, concretamente en los noventa, surgen y se desarrollan los movimientos sociales que encontrarán su máxima expresión en diciembre de 2001 y que desde entonces permanecerán en el primer plano de la política nacional, a pesar de sus vaivenes y reflujo.

Otra advertencia es que, contrariamente a lo que opinan muchos economistas, tanto de formación liberal como marxista dogmática, los movimientos sociales no se explican sólo por la marcha de la economía y las evoluciones del Producto Interno Bruto (PIB). Las relaciones económicas son relaciones entre clases, entre personas, y no entre cifras y curvas productivas o financieras. La cultura, la historia, las tradiciones organizativas de los trabajadores, las divisiones ideológicas entre los diversos sectores de las clases dominantes, con sus diferentes intereses políticos y materiales, explican no sólo las formas que adoptan los movimientos sociales y su vestimenta ideológica sino, también, el momento en que estallan con aparente espontaneidad y la magnitud del eco social que obtienen. Porque las experiencias e ideas-fuerza de décadas anteriores se montan sobre los agravios intolerables recientes, y la politización amasada en decenios, así como los cuadros formados en décadas de otro tipo de lucha social, están prontos para atender nuevas exigencias y responder al *hic rhodus hic salta* planteado por un desastre político económico. Eso es lo que le da peculiaridad a los movimientos nacionales y

al intentar analizar los movimientos sociales en un país, es necesario situarlo en el contexto mundial y en la fase precisa por la que atraviesa desde el punto de vista económico, social, cultural, político, demográfico

⁶ No es este el momento de hacer el balance del curso concreto de la mundialización dirigida por el capital financiero desde los últimos años de los setenta hasta la actualidad. Basta recordar que en América Latina existían las dictaduras pinochetista, la argentina, la brasileña, la uruguaya y la paraguaya, y recordar también las masacres de los años setenta en Guerrero, México. Las grandes potencias capitalistas estaban unidas con Estados Unidos enfrentando al Pacto de Varsovia y la Unión Soviética, y su mal llamado “bloque socialista” no se había derrumbado aún. Hoy existe una gran división entre los países capitalistas; Washington encuentra resistencias en la Unión Europea, Rusia y China y la resistencia mundial ha crecido enormemente desde la protesta contra la guerra en Irak. En cuanto a América Latina, ésta no sólo ha presenciado el surgimiento de grandes movimientos sociales, sino que ve ampliarse también los espacios democráticos y los intentos de sus gobiernos capitalistas por diferenciarse de Estados Unidos y resistir a sus imposiciones.

lo que hace que se produzcan en todo nuestro continente, pero en distintas formas y en distintos tiempos.⁷

Algunos rasgos propios de la sociedad argentina

Las clases modernas se constituyeron tempranamente en Argentina debido a las características de la inserción de la misma en el mercado mundial. La concentración de las fuertes corrientes migratorias en las ciudades, a causa del monopolio de la tierra en manos de la oligarquía, multiplicó los talleres y las industrias para el mercado interno y, con ellos, el número de obreros. Sociedades de socorro mutuo, mutualidades y sindicatos, nacen en la última década del siglo XIX siguiendo el ejemplo europeo. Muchos de los inmigrantes, que huyendo de la crisis agraria europea⁸ llegaban a Argentina, traían consigo el socialismo y el anarquismo.⁹ En las clases dominantes, por su parte, a principios del siglo XX tomó cuerpo una tendencia clerical-fascista, nacionalista reaccionaria, que añoraba el hispanismo de la Colonia y lo mezclaba con Primo de Rivera y Charles Maurras. Su odio a los obreros y su temor al comunismo estaban unidos a su desprecio racial por los inmigrantes, que hacia 1914 eran ya mayoritarios en la ciudad de Buenos Aires. Éstos, mientras tanto, se integraban al país gracias a la enseñanza pública y al servicio militar obligatorio, aparatos que les daban raíces y los aglutinaban mediante el nacionalismo patriótico, con sus símbolos, los héroes de los liberales, recientes vencedores en las guerras civiles, y el laicismo resultante de la lucha contra la Iglesia Católica, aún poderosa y tradicionalista. Se crearon así fuertes capas medias, democráticas pero conservadoras, temerosas del poder de los obreros y opuestas a la oligarquía y las clases dominantes, pero sólo diferenciadas de ellas por el laicismo. Durante la Primera Guerra Mundial y, en particular, en el curso de la Segunda, se produjo un fuerte proceso de industrialización que —cerrada la inmigración con motivo del conflicto bélico— concentró en las grandes ciudades, y sobre todo en Buenos Aires, grandes masas de obreros y artesanos del interior. Éstos, en los años cuarenta, asimilaron lo fundamental del viejo y politizado movimiento obrero —la organización sindical, la acción directa, la politización— pero, al

⁷ En Bolivia, por ejemplo, no fue sobre todo el deterioro económico lo que provocó el movimiento de Cochabamba por la estatización del agua, o las movilizaciones que impidieron vender el gas a Chile y derribaron al presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, y después a su sucesor Carlos Mesa y a los sucesores constitucionales de éste, Vaca Díez y Cossío, para imponer la estatización de los recursos petroleros y el agua. Fue también el viejo nacionalismo, el peso de la economía moral ("el agua siempre ha sido de todos"), la fuerte politización y organización de clase de los obreros y campesinos, y la necesidad de construir otro proyecto de país mediante una Asamblea Constituyente.

⁸ Consecuencia del derrumbe de la artesanía de la seda a causa de la enfermedad de las moreras; de la crisis terrible del cultivo de vid, debido a la filoxera; de la pelagra resultante del monocultivo de maíz, con su secuela de enfermedad y muerte; y del hundimiento de los precios de los granos debido a las importaciones provenientes de Rusia y América.

⁹ Ya en 1872 hubo secciones de la Primera Internacional en Buenos Aires y Córdoba; el Partido Socialista Argentino nace en 1890, el Comunista, primero Socialista Internacional, en 1917, y es fundador de la III Internacional y la Oposición de Izquierda (trotskista) en el mismo, en 1927. Por su parte al anarquismo, el anarcocomunismo, el anarcosindicalismo, el sindicalismo revolucionario soreliano aparecen a finales del siglo XIX y principios del XX.

mismo tiempo, fueron canalizados por el aparato estatal peronista,¹⁰ con su política distribucionista, su clientelismo y su antiimperialismo nacionalista y conservador. Si bien desde finales de los años cincuenta —como resultado, entre otras causas, de la dictadura de 1955, de las políticas antiobreras de la misma y de los cambios en el mercado mundial y la mundialización dirigida por el capital financiero que en Argentina llevó a la aplicación de políticas neoliberales—, el peso político y económico del movimiento obrero se redujo y aumentó brutalmente la desocupación, mientras la formación político-cultural de una población formada en el periodo anterior no se desvaneció en el aire.

De este modo la sociedad argentina actual se caracteriza por una diferenciación social marcada entre los obreros (ocupados o desocupados) y las clases medias, una fuerte oligarquía conservadora y proimperialista, y una acendrada nostalgia peronista, también conservadora, pero nacionalista y popular, que aún da la base de sostén a una fuerte y corrupta burocracia sindical, a pesar del debilitamiento de los sindicatos, provocado como en todo el mundo por las políticas neoliberales.

A estas características se suman rasgos nuevos: la humillación de las capas medias ante su empobrecimiento y adelgazamiento; la nueva conciencia de que Argentina es un país latinoamericano (y no un país europeo de América) y que no tiene ninguna posibilidad de ser la Argentina potencia de la que hablaba Perón; la gran polarización de la riqueza concentrada en las manos de la oligarquía terrateniente-importadora-exportadora; y una fuerte inmigración de millones de bolivianos, paraguayos, chilenos, brasileños, peruanos y uruguayos, que están a cargo de los peores trabajos y que, aunque debilitan la unidad de los trabajadores argentinos, traen también experiencias, problemas y fermentos a la sociedad en crisis.

¿Hay nuevos movimientos sociales?

Algunos autores, como Raúl Zibechi, no vacilan en responder que sí. Pero ignoran la historia, que impone continuidades, las estadísticas demográficas, que nos hablan de las respectivas magnitudes del ejército de trabajadores ocupados y el de los desocupados (piqueteros),¹¹ y las contratendencias sociales, que empujan a vastos

¹⁰ Perón se apoyó en las nuevas capas de oficiales, hijos de inmigrantes y antiimperialistas, y cooptó o compró a los viejos dirigentes sindicales anarquistas, socialistas y comunistas que le permitieron corporativizar al movimiento obrero organizado, al cual concedió al mismo tiempo ventajas económicas y leyes sociales que la prosperidad de la economía argentina hacían posibles. Para buena parte de la intelectualidad y la izquierda mundial Perón era “fascista”, sin embargo, no contaba, como el fascismo clásico, con una base de masas pequeñoburguesa y antiobrera, sino con el apoyo obrero cimentado en el nacionalismo. Su gobierno era burocrático-militar con un apoyo social amplio, logrado mediante leyes y conquistas sociales para los trabajadores, y una política de desarrollo nacional en interés de una burguesía nacional que el Estado forjaba y consolidaba. Los que (como E. Laclau) utilizan la categoría “populismo”, metiendo en el mismo saco a Cárdenas, Perón, Mussolini, Hitler, Mao y Lenin, carecen de rigor y olvidan las diferencias de las políticas y los apoyos de clase que caracterizaban a esos personajes.

¹¹ En el momento de escribir este artículo los que tienen Planes Jefa y Jefe de Familia no llegan al diez por ciento de los obreros ocupados y los piqueteros representan cerca de un cuarto de los desocupados.

sectores de desocupados hacia el lumpenproletariado, la droga, el crimen organizado y pueden convertirlos en masa de maniobra de fuerzas conservadoras.

En *Genealogía de la revuelta argentina. La sociedad en movimiento*,¹² Zibechi escribe en efecto (p. 131): "Parte de este trabajo está dedicado a desarrollar la idea de que los piqueteros son parte de un proceso de formación de una nueva clase obrera" y 40 páginas más adelante (p. 171) sostiene tajantemente:

Postulo que el movimiento piquetero forma parte de un amplio proceso social en el que se está formando una nueva clase obrera [...] Se trata de una nueva clase obrera, diferente tanto de la que conocimos durante la industrialización como de la del periodo artesanal. Estamos presenciando la conformación de una tercera clase obrera: la primera tuvo como eje el sindicato de oficio, la segunda al sindicato de masas y la tercera parece girar en torno a la organización territorial compleja.

Como respondo en un libro reciente:¹³

Esas afirmaciones no tienen en cuenta que las clases no dependen del tipo de organización, por otra parte de una minoría de ellas, como los sindicalizados en los sindicatos de oficio y aun en los sindicatos por industria, sino que son una relación social y se redefinen unas respecto a otras; además, el obrero es tal por su tipo peculiar de trabajo, no por su vida en el barrio y, por último, la formación de una nueva clase no parte de un movimiento político-social como el de los piqueteros. Éstos, además, por importante que sea su lucha como expresión de la resistencia y de un proceso de toma de conciencia política, son muy minoritarios con respecto a los trabajadores ocupados y a los sindicalizados. Eso no quita sin duda importancia a las transformaciones sociales y culturales resultantes de la desocupación estructural y al papel del territorio como eje de la reorganización de las clases dominadas. Pero ese es otro problema (p. 41).

La misma clase obrera, sin embargo, se encuentra ante desafíos diferentes y, por consiguiente, actúa de otro modo que en el pasado. Si no puede paralizar la producción ocupando las fábricas que han cerrado, sí puede en cambio paralizar la distribución de mercancías (y, por consiguiente, la realización del capital) cortando rutas y carreteras. Al incorporar a las mujeres, los niños y los ancianos a un acto político subversivo (interrupción de vías públicas), los obreros desocupados politizan aún más el problema al enfrentar no al patrón como productor, sino al Estado como ciudadanos que reclaman una necesidad legítima (trabajo) de un modo ilegal (cortes de rutas). En el interior el problema está más claro porque no existe en las ciudades

¹² Cfr. Raúl Zibechi, *Genealogía de la revuelta argentina. La sociedad en movimiento*, Letras Libres-Nordan, La Plata-Montevideo, 2003, libro que fue premiado por la Casa de las Américas de Cuba, muy poco conocedora de los problemas argentinos y del marxismo.

¹³ Cfr. Guillermo Almeyra, *La protesta social en Argentina, 1990-2004*, Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, 2004.

provincianas una fuerte proporción de la población obrera que habite en la ciudad y deba ganarse la vida en los entornos de la misma y, por tanto, los cortes de ruta afectan al comercio y al sistema, no a las familias. En el Gran Buenos Aires, los habitantes de los suburbios que deben desplazarse a la capital para trabajar (o los de ésta que van a aquéllos) tienen intereses contrapuestos a los de quienes cortan las rutas y los puentes y pueden así acarrearles multas por retraso o inasistencia. De modo tal que los métodos de lucha de un sector de los trabajadores (los piqueteros) chocan con las necesidades de otros sectores, los cuales pueden ser manipulados por el gobierno o por fuerzas derechistas sobre la base de su conservador sentido del "Orden" y de las diferencias históricas



existentes entre los sectores trabajadores de las clases medias (los de cuello blanco y corbata) y los obreros ex industriales. No son, sin embargo, dos clases obreras en pugna sino dos sectores de la misma clase con intereses, conciencia política y métodos diferentes.

El mismo Zibechi, haciendo suya una mezcla entre las ideas de Negri¹⁴ y las de los situacionistas, habla de una "fuga" del capitalismo (cosa francamente difícil para "una nueva clase obrera") y, ya en plena carrera, sostiene que todas las revoluciones en el mundo moderno no han servido más que para cambiar un aparato de Estado débil por uno sólido y fuerte (y, por tanto, habrían sido negativas);¹⁵ además nos informa que esa nueva clase obrera supuestamente en formación, es la multitud y fue responsable de las luchas de diciembre de 2001.

Al respecto escribe un joven y agudo profesor de las Universidades de Buenos Aires y Quilmes que lo expuesto en el ya citado *La protesta social en Argentina. 1990-2004* "... en primer lugar apunta explícitamente a desmentir ciertos análisis superficiales, cuando no francamente delirantes, que imaginaron la insurrección de diciembre del 2001 como una suerte de evento protagonizado por una multitud posfordista inspirada en dos o tres vaguedades posestructuralistas".¹⁶

Los viejos-nuevos movimientos sociales expresan a la vez una continuidad y una ruptura, impuesta por las diferentes condiciones a escala mundial y nacional que deben enfrentar y, por consiguiente, por los nuevos desafíos. Una continuidad porque hunden sus raíces en las luchas, las experiencias y una selección *ad hoc* de las ideas del pasado, que pueden servir para el presente. Y una ruptura, no sólo por la

¹⁴ Expuestas en *Imperio*, escrito por Toni Negri y Michael Hardt, Paidós, Buenos Aires, 2002,

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Alberto R. Bonnet, "Luchas sociales y neoconservadurismo: a propósito de *La protesta social en Argentina (1990-2004)* de Guillermo Almeyra", *Cuadernos del Sur*, núms. 38-39, mayo de 2005, Buenos Aires, p. 158.

renovación generacional del modo de ver la vida, sino también por los cambios en la subjetividad, la visión del mundo y de sí mismos, resultante de tener que enfrentar una sociedad que en vez de ofrecer un futuro de desarrollo, en la perspectiva incluso de una “Argentina Potencia”, sólo presenta un porvenir de crisis permanente y retroceso importante en el nivel de vida, la cultura, la seguridad y la autoestima, individual y nacional.

La continuidad, por ejemplo, se refleja en la composición y organización de los desocupados-piqueteros. No sólo se forman en torno a viejos o actuales cuadros sindicales sino que también, en su gran mayoría, son veteranos de luchas obreras (entre otras cosas porque la juventud —los nacidos durante la dictadura— es aún una minoría en Argentina). Eso significa, en lo organizativo, que los campamentos de desocupados de Rosario, por ejemplo, tienen delegados por manzana y que la vieja disciplina y solidaridad obrera tiene un peso muy grande. O que los primeros grupos piqueteros nacieron en lugares con fuertes tradiciones de lucha y con cuadros formados en la base de los sindicatos, en una doble lucha contra el patrón y por la democracia interna. Y, en lo político, que el peso del clientelismo y el verticalismo peronista aún existe. La ruptura, en cambio, se expresa en el hecho de que a medida que pasan los años son cada vez más los que nunca tuvieron un trabajo permanente, no aprendieron (obligados por el mismo capital) organización y disciplina en las fábricas, no tejieron lazos sólidos con los compañeros y con el barrio, no tuvieron esperanzas.¹⁷

¿Cuáles son los actores sociales en el campo popular argentino? Los desocupados-piqueteros, que aparecieron como una novedad mundial; el movimiento organizado de las clases medias urbanas, que fue la columna vertebral de las asambleas populares que proliferaron en Buenos Aires y, con menor intensidad, en el Gran Buenos Aires, la ciudad de Córdoba y Rosario (con ecos en otras ciudades); las organizaciones por los derechos humanos, como las Madres o Abuelas de Plaza de Mayo; las organizaciones de mujeres, como el Movimiento de las Mujeres Agrarias en Lucha, sobre el cual hablaremos; los movimientos de los más marginados (indígenas, pequeños campesinos de las provincias más pobres); los cada vez más numerosos movimientos sindicales democráticos e independientes; las organizaciones gremiales de maestros y estudiantes; los miles de obreros y obreras que ocuparon fábricas que cerraban, para hacerlas producir en autogestión bajo la forma jurídica de cooperativa.¹⁸

¹⁷ Un mismo término puede ocultar contenidos diferentes: un joven desocupado brasileño, por ejemplo, jamás fue antes “ocupado” y no tiene, por tanto, un bagaje político y sindical a sus espaldas. Otra cosa es un obrero que pasó años trabajando y quedó desocupado: a él nadie “le quita lo bailado”. La reanimación económica actual selecciona a los desocupados. Los obreros con experiencia y oficio tienen trabajo de inmediato, aunque con salarios bajísimos que en poco tiempo tienden a aumentar, en parte por su presión, en parte por la ley de la oferta y la demanda; los jóvenes y las mujeres, por el contrario, deben depender de trabajos esporádicos —los primeros, en la construcción, que está en auge— o muy mal pagados y, por tanto, “feminizados”, como el pequeño comercio o los bares (encuesta levantada por el autor en sindicatos y organizaciones obreras a finales de 2004, es decir, cuando la reanimación económica era aún menor a la actual).

¹⁸ Las cooperativas anteriores buscaban asociar trabajadores para competir en el mercado capitalista. Las empresas bajo autogestión buscan esencialmente preservar la fuente de trabajo por medios políticos y su modo de competir es no capitalista (la solidaridad, la sinergia entre las empresas en autogestión, la creación de un apoyo político externo —en el barrio y la zona— a una medida que viola las leyes de propiedad y las del mercado).

¿Cuáles son los otros actores sociales importantes en el país? En primer lugar, la oligarquía terrateniente-financiera-importadora-exportadora ligada al capital financiero internacional y entrelazada con los grandes capitales extranjeros. En segundo lugar, un aparato estatal que se está reconstruyendo después de la casi disolución provocada por la política menemista y la crisis de 2001. Después, un débil sector industrial en reorganización y expansión, que aprovecha (y necesita) los bajos salarios y la protección oficial para competir en el Mercosur. Además, una burocracia sindical corrupta, peronista, muy debilitada por la desaparición física de los empleos y su desprestigio, la cual quiere recuperar fuerzas con la ligera reanimación económica. Por último, una masa informe de sectores de las clases medias¹⁹ urbanas y rurales, en rápido proceso de polarización y caída en sectores cercanos a los obreros y los desocupados, de los que siempre quisieron diferenciarse.

Pero lo nuevo, en su forma y contenido, se ha dado en el campo de la resistencia popular y los esbozos de respuesta a las políticas del gran capital. Por consiguiente, sobre ese sector concentraremos el análisis, aunque el mismo no pueda prescindir del resto de la sociedad.

Los obreros desocupados organizados (piqueteros)²⁰

Antes que nada, cuantifiquemos y desmitifiquemos. No estamos ante la mayoría de los trabajadores o “la multitud” de Negri y Zibechi, por importante que sea este fenómeno social. Los asalariados ocupados, en efecto, cuadruplican a los desocupados y de éstos 1 200 000 reciben Planes Jefe y Jefa de Familia,²¹ mientras el total de los piqueteros organizados (o sea, considerando todas las muy diferentes organizaciones que los agrupan) llega a unos 300 mil.²²

Por otra parte, prácticamente todas las tendencias piqueteras declaran de manera abierta que están integradas por obreros en busca de trabajo, aunque al rededor de un tercio de los Planes Jefes y Jefas de Familia (unos 400 mil) hayan sido concedidos a mujeres y jóvenes que jamás habían tenido antes un trabajo asalariado estable.²³

¹⁹ La definición no se basa en una visión de la sociedad como una estructura de diferentes capas, sino en su relación cambiante con los principales polos sociales.

²⁰ No analizaremos las Asambleas Populares que florecieron entre diciembre de 2001 y julio de 2002 y que hoy casi han desaparecido. Llegaron a ser unas 200 000 en todo el país, principalmente en Buenos Aires, y movilizar a casi 500 000 personas, entre participantes en ellas y simpatizantes. Fueron una escuela de autoorganización, de discusión democrática, de unión entre los barrios y los trabajadores ocupados o desocupados, y de elaboración de propuestas políticas. Recuperaron el espacio público y dejaron una rica experiencia política en el territorio.

²¹ Subsidio estatal distribuido principalmente por las autoridades municipales y aparatos políticos peronistas, y que los propios grupos de piqueteros dirigidos por izquierdistas utilizan para mantener una base amplia con métodos clientelistas.

²² Entrevista con Luis D’Elia, dirigente de la Federación Tierra y Vivienda, perteneciente a la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA), la central obrera más radical que agrupa también a desocupados y jubilados, y a la cual no le ha sido concedida la personería gremial por el gobierno de Kirchner (al cual, sin embargo, apoyó).

²³ Entrevista concedida al autor por un alto funcionario de la Organización Internacional del Trabajo que prefirió mantener el anonimato.

No se trata pues de una nueva clase obrera que rechazaría el trabajo asalariado, como creen algunos “autónomos” a la Zibechi, y no quieren “crear un nuevo mundo”, sino integrarse en éste

sino integrarse en éste —por eso casi en su totalidad son peronistas, no anticapitalistas sino partidarios de una distribución más amplia de los ingresos, y mucho menos socialistas, aunque pertenezcan a grupos piqueteros dirigidos por el Partido Comunista o por tendencias trotskistas—. De ahí las diferencias en las cifras entre las adhesiones a esos grupos o la participación en movilizaciones de los mismos, y los resultados electorales ínfimos de comunistas y trotskistas.²⁴ Es necesario observar que al aparecer los grupos piqueteros, todos los partidos y grupúsculos de la izquierda tradicional les criticaron que exigieran al gobier-

no comida y trabajo para sus integrantes. Poco después, al ver la magnitud del fenómeno, intentaron dirigirlos e incluso crearlos y, por supuesto, adoptaron ellos también la exigencia de asistencia gubernamental —y el pase de lista a sus integrantes antes de cada acción, para que pudieran tener derecho a la distribución de esa asistencia.

Además, la gran fragmentación de los grupos piqueteros permite la cooptación de algunos de sus dirigentes por parte del gobierno nacional, cercano al cual funciona la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), antes mencionada, la Corriente Clasista y Combativa (dirigida por una tendencia maoísta) y Barrios de Pie (dirigida por una corriente nacionalista peronista). Entre los grupos intransigentemente opuestos al gobierno, desde la ultraizquierda, figuran todos los que están dirigidos por diversos grupos trotskistas, por el Partido Comunista o por guevaristas y, desde la derecha, con lazos con el ex presidente Carlos Menem y el ultraconservador López Murphy, el Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados, dirigido por Raúl Castells. Este personaje, de origen izquierdista, en el mejor de los casos se guía por la “teoría” de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo y ha apoyado cuanta movilización de derecha quería poner en problemas al gobierno con el tema de la inseguridad —el grupo piquetero Polo Obrero, dirigido por el Partido Obrero, una secta ultra que se dice trotskista, ha hecho lo mismo—. Hay además un pequeño sector “autónomo” —unos 10 mil miembros, que manejan 9 mil Planes Jefe y Jefa de Familia—, que se divide continuamente y cuyo grueso está asegurado por una tendencia peronista ultra, insurreccional, que los demás grupos acusan de estar infiltrada por la policía (el grupo Quebracho) y electoralmente pregona la abstención. Existen también una miríada de grupos “chicos”. Conviene aclarar que

²⁴ En las elecciones del 27 de abril de 2003, a dos años de diciembre de 2001 y tras las miles de Asambleas Populares y de luchas de los piqueteros, Izquierda Unida (el agrupamiento donde están los comunistas) obtuvo 332 836 votos, o sea, 1.72 por ciento de los sufragios y el principal grupo que dice ser trotskista, el Partido Obrero, 217 385, o sea, 0.72 por ciento. Ambos grupos, juntos, no llegan ni al 2.5 por ciento de los votos. Si se les suma el Partido Socialista (buena parte del cual es liberal-democrático), con su 1.12 por ciento de los votantes, la izquierda declaradamente anticapitalista llegaría a un máximo de 3.56 por ciento de los sufragios.

todos los grupos piqueteros, con la única excepción del pequeño grupo de Toty Flores (60 personas, que fabrica actualmente guardapolvos de gran moda para Japón y mantiene con sus ganancias una escuela propia), negocian con el gobierno la entrega de Planes Jefe y Jefa de Familia para sus afiliados y bolsas de despensa. O sea, están lejos de ser autónomos e independientes aunque digan serlo.

El peso de todos estos grupos en la opinión pública no es ya el que tenían en la primera mitad de 2002, cuando despertaban la simpatía de la gran mayoría de las clases medias bonaerenses y de la capital federal, y estaban aliados con cientos de Asambleas Populares que organizaban los cacerolazos urbanos y renovaban el tejido social y político en muchos barrios. En primer lugar, porque la leve reanimación económica ha creado, según el gobierno, hasta el momento de escribir este artículo, dos millones y medios de empleos.²⁵ En segundo lugar, porque los métodos de lucha (cortes de ruta y de calles) castigan a quienes deben ir a trabajar y les hacen perder tiempo y salarios, de modo tal que enfrentan a un sector popular con los trabajadores ocupados. Pero, sobre todo, porque los trabajadores ocupados y sindicalizados —que varios delirantes habían considerado superados, paralizados definitivamente e integrados al sistema—, reaparecieron con fuerza y creatividad, como era previsible, apenas mejoró un poco la situación económica y, con ésta, su seguridad en el empleo. Quienes todavía se mueven más son los trabajadores de los servicios, la mayor parte de ellos privados, pero algunos también estatales, como en la educación (aeronáutica, ferroviarios, electricidad, metro de Buenos Aires, maestros, petroleros) y no los asalariados de las grandes empresas privadas. Eso se debe a que éstas han debido ofrecer mejores salarios para obtener obreros especializados y a que aún no se ha estabilizado suficientemente la tendencia a la reducción del desempleo y, por tanto, subsiste en las pequeñas empresas el miedo a la desocupación, que obliga a aceptar bajos salarios y pésimas condiciones de trabajo —horarios larguísima, pago en negro, sobre todo— a pesar de que las ganancias empresariales y la productividad han aumentado. Sin embargo, hay que dar tiempo al tiempo y destacar que muchos de los nuevos paros obreros no son meramente defensivos: en el metro capitalino, por ejemplo, los obreros impusieron el reconocimiento legal de su Comisión Interna sindical, hasta entonces clandestina, y la reducción de la jornada laboral a seis horas diarias.

El lento crecimiento de la economía europea, la diferencia entre las tasas de ganancia en el Viejo Continente y las argentinas, la posibilidad de explotar el Mercosur, el mejor panorama económico y político en Argentina, la buena calidad de la mano de obra local, el enriquecimiento de los exportadores de soja que aportan capitales al mercado, todo, alienta las inversiones extranjeras y nacionales. Por su parte, la escasez relativa de mano de obra tiende a favorecer la lucha por elevar los salarios.

Los obreros ocupados pasan así poco a poco a primer plano y los desocupados pierden posiciones doblemente: ante la opinión pública y en la situación política.

²⁵ La desocupación, sin embargo, afecta todavía a más del 12 por ciento de la PEA, es estructural, y con la subocupación abarca casi 40 por ciento de la PEA. Además, la mayoría de los ocupados tienen salarios por debajo de la canasta básica y el aumento de la ocupación deriva del auge de la construcción, del aumento del turismo, de la mayor utilización de la capacidad instalada en las empresas, de los resultados de la devaluación del peso y de los ingresos excepcionales por el buen precio de la soja y el aumento del precio del petróleo. No hay un cambio estructural en materia de empleo.

Además, la reconquista del trabajo por la capa más calificada de los exdesocupados, reduce sus filas y sus cuadros. La lucha de clases tradicional, con sus instrumentos históricos —los sindicatos— reaparece, con la salvedad de que todas las luchas se hacen prescindiendo de las direcciones sindicales burocratizadas y construyendo nuevos equipos democratizadores del sindicato (como sucede en el caso de los electricistas o los obreros del metro).

¿Quiere decir esto que los piqueteros están condenados a desaparecer y no han aportado nada (si exceptuamos la supervivencia de sus miembros, lo cual de todos modos es fundamental)? De ningún modo. No tendrán la fuerza numérica ni la importancia política que tuvieron en el 2002, tal como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) chiapaneco no es tampoco hoy lo que era en 1995. Pero en cambio, han demostrado, a todos (ex aliados de sectores medios e incluso enemigos en las clases dominantes) que en vez de resignarse es posible luchar y abrir camino a una alternativa. Que las mujeres, quienes fueron las primeras que los organizaron y son buena parte de sus cuadros, pueden conquistar la igualdad. Que la solidaridad, la organización, el altruismo y la esperanza están vivos, incluso en los sectores aparentemente desahuciados de Argentina —como los zapatistas, que son pocos, pobres y están encerrados, y han encontrado un eco mundial e imitadores en Uruguay y Brasil—; aunque, dado que nacieron en las peculiares condiciones argentinas, sean en gran medida irrepetibles —al igual que el zapatismo mexicano—. Incluso el río de tinta de los que buscaron describirlos²⁶ obligó a despertar de su letargo a una parte de la intelectualidad y hasta de la academia. No son un movimiento mayoritario entre los trabajadores (aunque sea masivo) ni pesan mucho en la producción, pero su aporte principal consiste en la construcción de una nueva subjetividad, en el golpe dado a la dominación del capital, en la discusión sobre la autogestión. Eso rendirá frutos en el futuro. Porque es evidente que si bien la política del capital financiero internacional y sus organizaciones en todos los países es siempre la misma, no es igual la resistencia, la cual responde a la densidad histórico-cultural de cada país, y a la cultura, organización y experiencias de lucha de sus clases subalternas. Por tanto, la democratización del país muy probablemente pasará nuevamente por los canales históricos y Argentina podrá dar ejemplos. Es decir, si esa democratización se concretara, pasará por la autoorganización de los trabajadores ocupados y desocupados, la democratización de los sindicatos —para independizarlos del aparato estatal—, el intento de recuperación de las conquistas históricas y la cultura que vienen desde fines del siglo XIX (las ocho horas, la seguridad infantil, la educación laica, generalizada y gratuita, por ejemplo). Pero esta vez en la escala del Mercosur, influenciando a uruguayos y brasileños, en las condiciones de una aguda crisis de la principal traba conservadora, el aparato peronista, y de una transformación del nacionalismo antiimperialista clásico del peronismo (el sueño de una Argentina potencia) en otro latinoamericanista, unido a los movimientos sociales y los procesos de liberación América Latina.

²⁶ Por el contrario, casi nadie intentó analizar el fenómeno, ya que la mayoría de los estudios sociales argentinos no ven que lo que pasa en el país es la expresión local de un proceso mundial. *Cfr.* Guillermo Almeyra, *La protesta social en la Argentina (1990-2004)*, *op. cit.*, capítulos I y II (“La Argentina en el mundo, el mundo en la Argentina” y “La mundialización y los cambios en el Estado”), pp. 19-61.

Escapa a los objetivos de este ensayo analizar los cambios políticos y económicos (y en las clases y sus respectivas relaciones) que se produjeron en los últimos cinco años, sin embargo, es indispensable destacar el estallido del peronismo. La derecha ultraconservadora, con el ex presidente Carlos S. Menem, socio de George Bush, a la cabeza, se presenta como partido de centro; la mayoría del aparato burocrático y político tradicional trata de resistir, dirigido por el ex presidente Eduardo Duhalde hacia una amalgama entre los restos de la izquierda peronista y sectores provenientes de la izquierda política y social ("los transversales"), que se agrupan en torno al presidente Néstor Kirchner, quien con su influencia sobre sectores importantes de las clases medias, une en torno de su persona nuevamente a éstas con los obreros peronistas (por otra parte, en desperonización acelerada).²⁷ Muy probablemente los diversos aparatos ideológicos y clientelares del peronismo saldrán muy magullados y eso podría dejar nuevos espacios para los diversos movimientos sociales (sindical democrático, piquetero, en especial). El principal dique conservador a nivel popular —la cultura y la obediencia peronista— está saltando en pedazos bajo los impactos de las experiencias autogestivas y de autonomía de las clases subalternas, y de la crisis política de las clases dominantes.

Los obreros sin patrón (el movimiento de las fábricas recuperadas)

Cerca de 250 empresas (200 en marzo de 2004) están ocupadas por sus trabajadores, los cuales las hacen producir directamente, en general bajo la forma de cooperativas. Están en todo el país, desde Tierra del Fuego hasta Misiones, pero particularmente en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires. Abarcan desde industrias metalúrgicas o textiles hasta servicios, pequeños talleres, industria alimentaria u hotelera. Agrupan aproximadamente a 10 mil trabajadores y, por tanto, lo importante no es su peso ínfimo en la producción nacional, sino el valor mismo del precedente y el ejemplo político. Aunque algunas fueron líderes en su ramo, la mayor parte de estas empresas tienen máquinas e instalaciones que necesitan una importante renovación; asimismo la fuga de los gerentes, administradores, ingenieros y técnicos, ha causado graves problemas a los grupos, generalmente minoritarios, que resolvieron rechazar las indemnizaciones por despido y encarar la autogestión.²⁸ Las decisiones se adoptan ahora en asamblea y han desaparecido los capataces y las órdenes, pues todo depende del convencimiento de los trabajadores. Éstos no sólo deben aprender a buscar clientes y proveedores, competir en el mercado, y asegurar la distribución y venta de sus productos, sino también a administrar, lidiar con la falta de crédito y presionar

²⁷ Los acercamientos o alejamientos entre las clases medias trabajadoras y los intelectuales, por una parte, y los obreros peronistas, por la otra, explican las evoluciones de la política argentina desde la alianza, en 1945, entre la oligarquía terrateniente, Estados Unidos y la mayoría de las clases medias contra Perón, los obreros y los sindicatos, hasta la alianza opuesta, a mitad de los setenta, que aceleró la dictadura de 1976-1983, para terminar con la ilusión de ambos sectores con la política conservadora de Carlos Menem, realizada en nombre del peronismo.

²⁸ Quienes no aceptaban ser despedidos se dividían en dos grandes categorías: los de más de 50 años y con importante antigüedad en la empresa, que sabían que no encontrarían otro trabajo; y un

a las autoridades municipales que otorgan todo tipo de permisos e imponen todo tipo de controles. Y deben decidir qué parte de lo que ganan va a un aumento de su nivel de vida



y cuál a la amortización del capital fijo o la modernización técnica que les impone el mercado capitalista. Al mismo tiempo, deben sustituir la disciplina antes impuesta por el patrón, con una autodisciplina consciente (rendimientos, cumplimiento de los horarios, vacaciones). Por ello, lo fundamental en esta experiencia no es tanto el proceso productivo (o los cambios—pocos—que realicen en el mismo los cooperativistas), sino el cambio en la subjetividad, las transformaciones en las relaciones entre los mismos trabajadores, la construcción de solidaridad por arriba del interés privado, la edificación de sinergias con otras fábricas recuperadas y alianzas con otros actores sociales, la difícil decisión política

de funcionar en todo lo que sea posible en forma no capitalista, mientras la empresa trabaja para el mercado capitalista y depende de éste para sobrevivir.

La autogestión implica eliminar la división entre dirigentes y dirigidos, y hace que cada uno sea dirigente de sí mismo y dirigido por un colectivo del cual es parte activa y consciente. Implica, igualmente, la confianza en que es posible una organización y un saber colectivos, superiores a los individuales, y el rechazo, además, del mando y la delegación de responsabilidades en manos del técnico, el dirigente, el político. Es, por tanto, un importante avance en la construcción del trabajador como sujeto y el rechazo de la representación, que se apoya implícitamente en el supuesto de la minoridad mental, la insanidad o ausencia cultural de los trabajadores adultos representados, o de la imposibilidad material de la democracia directa.

En los años sesenta y setenta los obreros en Argentina ocupaban las fábricas y empresas para imponer mejoras en el proceso de trabajo, mejores salarios o derechos políticos y sociales. En los primeros años de la década del 2000, en cambio, lo hacen únicamente para defender la fuente de trabajo. El hecho de que su medida sea política y afecte el derecho de propiedad, deriva de ese carácter defensivo de su lucha y lo califica. Pero hay que comprender bien que 10 mil obreros, sobre un universo laboral de más de cuatro millones de asalariados, no representan un salto cualitativo de una nueva clase obrera hacia un mundo sin patrones, como piensan algunos, y que las medidas defensivas, por importantes que sean, reflejan una relación de fuerzas desfavorable y una situación que podría ser revertida.

Además, el cooperativismo no es autogestión ni lo es tampoco la mera autoadministración de un recurso. La propiedad, por sí misma, no define el carácter de un medio

puñado de jóvenes que rechazaba la brutalidad y la injusticia y actuaba, por tanto, con una motivación social y política. En las nuevas empresas en autogestión ambos grupos deben aprender a convivir.

de producción. Buena parte de la economía de la difunta Unión Soviética era estatal, pero la división del trabajo entre quienes decidían y quienes meramente ejecutaban, y entre la omnipotente dirección burocrática y los trabajadores era igual a la imperante en una sociedad capitalista. Lo importante, por consiguiente, no es si una empresa es estatizada o es una cooperativa (o sea, una sociedad por acciones) o si un terreno ocupado es municipal o no. Lo fundamental es quién toma las decisiones, y si existen o no en esa empresa relaciones de igualdad precursoras de otra sociedad. Si la empresa o la organización “independientes” dependen del aparato estatal para tener recursos financieros o técnicos, o para obtener salarios o bolsas de comida, el supuesto “propietario” no podrá decidir sino hasta cierto punto y sobre cosas menores. Por eso no se puede hablar de autogestión cuando simplemente se administra una empresa o un territorio. Lo que se está haciendo en realidad es una escuela de autoadministración, que dará seguridad y experiencia, y formará cuadros para encarar la autogestión cuando ésta sea social y generalizada. Una cooperativa –que siempre es importante, porque enseña a autoadministrarse– puede ser perfectamente funcional para el capitalismo si sus métodos de conducción son verticales, si las decisiones las adoptan “los que saben”, si las asambleas son pasivas y formales, si el método gerencial es igual al de las empresas capitalistas, si compite en el mercado sobre la base, como todas aquéllas, de la mayor productividad y la mayor extracción de plusvalía posibles. Pero no lo será si no está colgada de las ubres estatales, si es democrática y todos en ella deciden y ejecutan las tareas incluso de dirección, sobre una base rotativa y sin especializarse, sino conociendo todo el proceso productivo.

Por tanto, hay que sacar la discusión del tema de las formas de propiedad en abstracto para llevarla al de la creación cotidiana de conciencia para la autogestión social generalizada. Porque un grupo de piqueteros que imponga el legítimo derecho a comer por sobre la legalidad que defiende el derecho de libre circulación, y corte una ruta u ocupe un puente, hará un acto político importante y planteará el enfrentamiento de la legitimidad con la legalidad, y de un germen de poder popular con el poder estatal. Pero, si depende de un caudillo, tiene una disciplina vertical y se fija como objetivo esencial presionar al gobierno para arrancarle Planes Jefa y Jefe de Familia, y bolsones de comida, más espacios políticos clientelares, podrá tener importantes realizaciones en el ámbito macroeconómico (huertas colectivas, talleres, fábricas o escuelas), pero no aportará a la autogestión y la emancipación de los trabajadores.

Las empresas recuperadas están organizadas en diversos grupos y tienen, a veces, relaciones solidarias con seccionales sindicales, mientras otras han sido combatidas por las direcciones burocráticas de los sindicatos que estiman que una cooperativa les quita afiliados y cotizaciones. Antes de diciembre de 2001 se creó el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER), con una dirección laica y combativa. Después surgió la Federación Nacional de Cooperativas de Trabajo de Fábricas Reconvertidas (Fencooter), la cual plantea que los trabajadores compren la empresa al patrón, utilizando las indemnizaciones por despido, y asuman las deudas del propietario anterior. Por último nació el Movimiento de Fábricas Recuperadas, ligado a la Pastoral Social de la Iglesia Católica, con una orientación cooperativista pero moderada.

Los trabajadores de las empresas recuperadas cuentan con la solidaridad de grupos estudiantiles y de técnicos, que actúan como una fuerza de tareas ayudándoles

en la administración, la contabilidad y a solucionar los problemas técnicos y legales. Esa es también su fuerza: su proyección fuera del lugar de trabajo que, recuperándolo, han politizado.

Los movimientos sociales rurales²⁹

Sobre la base del temor a la hiperinflación desatada por el presidente Raúl Alfonsín, ganó la presidencia Carlos S. Menem, quien destruyó el país con su política de total alineamiento a las instrucciones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Casa Blanca, además de privatizar todo lo que podía ser vendido e imponer la convertibilidad sobre la base de la paridad del peso con el dólar, que hundió la industria nacional, elevó brutalmente el desempleo y la miseria, y concentró las riquezas en manos de los importadores-exportadores.

Las asociaciones de los grandes terratenientes pampeanos (Sociedad Rural Argentina), o los terratenientes grandes y medios del interior (Confederaciones Rurales Argentinas) e incluso las de los pequeños y medianos productores y cooperativistas (Federación Agraria Argentina –FAA– y Confederación Intercooperativa Agropecuaria) aceptaron esas políticas neoliberales para el país y el campo –con júbilo las primeras, con menos entusiasmo las segundas, pero tragándose la piedra de molino de la inevitabilidad de la mundialización actual–. Sin embargo, los campesinos, los pequeños propietarios y los productores rurales, en cambio, comenzaron a resistir.

En 1993, por ejemplo, se produjo la gran marcha campesina a la Plaza de Mayo, el corazón de Buenos Aires, en 1994 estalló la huelga agraria, y en 1995 nació y se difundió el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML). Al mismo tiempo, dado el carácter agrourbano o urbanorural del campo argentino, en muchas localidades del interior aparecieron los estallidos generalizados en las ciudades y pueblos diezmados por las privatizaciones y el desempleo, y se produjeron *pobladas*.

El Censo Nacional Agropecuario (de 1988) había reflejado ya el hecho de que 11 por ciento de las explotaciones familiares estaban dirigidas por mujeres. Poco a poco, ellas habían ocupado posiciones de dirección en las cooperativas rurales o en los sindicatos de trabajadores rurales, pero no habían expugnado las organizaciones gremiales de los agricultores, ni siquiera en las que reunían colonos y pequeños productores rurales. El MML modificará esa situación bajo el acicate del aumento de las tasas de interés y el peligro de pérdida de las explotaciones agrícolas familiares a manos de los bancos acreedores, tal como sucediera simultáneamente con El Barzón mexicano.³⁰ Este sector de las clases medias rurales fue precursor de la insurgencia de las clases medias urbanas, sobre todo de la ciudad de Buenos Aires, pero encontró su paralelo en la radicalización de las clases medias de las pequeñas ciudades del interior, que se tradujo en los cortes de rutas, la lucha por los derechos humanos y las *pobladas*.

²⁹ Esta parte se sustenta en mi artículo “Los movimientos rurales en Argentina”, *ALASRU*, núm. 2, 2005.

³⁰ Cfr. Guillermo Almeyra, *La protesta social en Argentina, 1990-2004*, op. cit., pp. 124-128.

Las mujeres del MML pronto se transformaron en un eje organizativo, ya que muchos colonos y pequeños agricultores, cuyos bienes iban a ser rematados, recurrieron a ellas para que les ayudaran a impedir la acción judicial. Ellas fueron, por consiguiente, catalizadoras de un proceso,³¹ su acción, además, introdujo un importante cambio cultural, ya que los chacareros y colonos no sólo recurrieron a las mujeres, sino que también reconocieron implícitamente la mayor decisión y capacidad organizativa de las mismas y empezaron a seguirlas, aumentando su respeto por ellas, lo cual provocó cambios en el panorama cultural agrario y en la organización de la Federación Agraria Argentina.

El MML nació en Winifreda, a 45 kilómetros de la capital de la provincia de La Pampa, que linda con la Patagonia. Es una zona que fue poblada por colonos franceses, alemanes, rusos, españoles e italianos desde el siglo pasado. Winifreda, en 1995, tenía una mujer joven como alcaldesa y otra como juez de paz, cosa que es inusual y explica en parte el protagonismo y la iniciativa de Lucy Cornelis, hija de un sirio casado con una española y casada ella misma con el hijo de un colono francés que se había endeudado para mejorar el campo creyendo en las políticas de Menem.

Cuando el banco quiso rematarle el campo Lucy Cornelis salió a la calle, irrumpió en la radio local e hizo un llamado a resistir, que fue apoyado por muchas familias que acudieron e impidieron el remate. El marido de Lucy, como muchos chacareros, creía en cambio que “el hombre tiene una sola palabra y que las deudas hay que pagarlas”, de modo que la acción de su esposa representó también una lección de economía y política, y opuso lo que es legítimo (el derecho a trabajar) a lo que es legal (el derecho de propiedad, en este caso del banco, que imponía tasas usurarias de interés).

Inicialmente las activistas del MML creían que las autoridades locales y provinciales podrían apoyarlas, pero pronto se dieron cuenta de que no ofrecían sino promesas y entonces comenzaron a autoorganizarse. Se unieron con otras mujeres del oeste de La Pampa y las provincias de Neuquén y Río Negro, en la Patagonia,

³¹ Cfr. Karina Bidaseca y Daniela Mariotti, “Viejos y nuevos actores en la protesta rural en la Argentina. Una reflexión desde la cuestión de género”, en Norma Giarraca *et al.*, *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires, 2001, pp. 175-181. Las autoras nos informan cómo surgió el MML en la provincia nortea de Tucumán. El 12 de mayo de 1999, en el departamento de Faimallá, de dicha provincia, se produjo el Tractorazo. Tractores, camiones llenos de trabajadores y máquinas agrícolas de todo tipo cortaron la ruta nacional. En la movilización participaron la Federación Agraria Argentina, la Unión de Cañeros Independientes de Tucumán, las de las provincias de Salta y Jujuy, la Federación Económica de Tucumán, la Confederación General de la Producción, entre un total de 60 organizaciones rurales, o sea cañeros, tabacaleros, paperos. Obreros, comerciantes, industriales medios, partidos políticos... columnas de hombres, mujeres y niños habían ocupado Faimallá. Fue a mitad entre una poblada y una revuelta sindical. Habló el párroco con un discurso de la Teología de la Liberación junto a la imagen de la Virgen de la Misericordia, siempre utilizada en las huelgas de los azucareros, instalada en el lugar principal del palco. Ya en noviembre de 1998 le habían querido rematar el campo de 40 hectáreas a un cañero tucumano. Sus compañeros le preguntaron. “Lalo ¿te vas a dejar sacar todo así nomás o vas a pelar?”. Respondió “No, pero es imposible, ¿cómo querés que pelee? ‘Vamos a llamar a las mujeres...’” y llamaron a las del MML de la provincia de Santa Fe. A los 15 días se hizo el remate, pero ellas lo impidieron con un acto masivo que reunió a todas las organizaciones sociales que después dieron el Tractorazo en Faimallá, una acción que no tenía precedentes en la provincia. Diez días después el banco intentó un nuevo remate, que fue nuevamente impedido.

y de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Formosa, y el 21 de septiembre de 1995 realizaron su primera Asamblea Nacional, con 500 delegadas y sin ninguna autoridad provincial o federal. Consiguieron el apoyo de diversos alcaldes de Río Negro, que provenían del gremialismo agrario, y también el de la federación, cuyo dirigente era un viejo agrarista; además, con su ejemplo promovieron en dicha Federación Agraria la corriente Chacareros Federados y el 8 de marzo de 1996, Día Internacional de la Mujer, ocuparon la Plaza de Mayo en Buenos Aires, con los tractores que ellas manejaban, llegando desde las provincias cercanas en un largo viaje proselitista. Desde entonces esas mujeres han impedido cientos de remates de campos y maquinaria, con sus gritos, sus manifestaciones y cantando sin cesar el himno nacional. Actualmente el MML organiza sólo a los agricultores endeudados, tiene personería jurídica y asesores jurídicos y gremiales, y mantiene contacto con la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA, sin personería gremial), el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil y El Barzón en México.

El MML es la expresión del nuevo papel de las mujeres, en este caso de las clases medias rurales radicalizadas por la oposición a las políticas neoliberales, y de la alianza entre ellas, los agricultores pobres y los sindicatos combativos, así como del internacionalismo que la misma mundialización dirigida por el capital financiero paradójicamente estimula, con sus transformaciones en las comunicaciones y la información, que ayudan a comprender claramente el carácter mundial, general, de las políticas que se enfrentan y a conocer otras resistencias sociales similares.

Está también la lucha de los indígenas *kollas* de Jujuy. La Finca San Andrés, en el norte de Argentina, lindando con Bolivia, tiene 129 248 hectáreas, está habitada por cuatro comunidades *kollas*, con un total de 2 500 personas.³² Pertenece legalmente al ingenio San Martín del Tabacal, que fuera propiedad de la familia Patrón Costa, grandes terratenientes salteños conservadores, que compró la finca en 1932, incluyendo a sus habitantes indígenas.

Éstos tienen una agricultura de autoconsumo, sobre la base de la papa, el maíz y hortalizas, y aprovechan la fruta silvestre. Practican una ganadería trashumante, llevando sus animales de los pastos de invierno a los de verano (la zona es alta y los inviernos son fríos).³³ Los Patrón Costa tomaron a los indígenas como arrendatarios, obligándolos a pagar con su trabajo de varios meses en el ingenio azucarero el arriendo por el uso de la tierra, la fruta y el pastoreo. Los habitantes originarios de la finca exigen la expropiación de la misma para mantener su sistema de reproducción de la comunidad, que se ve muy afectado por la necesidad de constituir la mano de obra gratuita del ingenio en concepto de arriendo de sus tierras.

Durante el peronismo se movilizaron por la estatización de sus tierras; lo mismo hicieron después del derrumbe de la dictadura militar en 1983 y durante ésta, cuando los Patrón Costa quisieron expulsarlos de las tierras ocupadas de modo ancestral, crearon la organización Tinkanaku, que agrupa a las cuatro comunidades.

³² Las comunidades son Río Blanquito, Angosto de Paraní, San Andrés y Los Naranjos.

³³ Cfr. Diego Domínguez, "Conflictos por el control de la tierra: pueblo kolla Tinkanaku en Salta", 2004, así como Daniela Mariotti y Diego Domínguez, "Alianzas estratégicas, nuevas dinámicas de acción en el conflicto por la tierra", Buenos Aires, Informe para el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), 1999.

Como describe Domínguez,³⁴ en los años noventa la oligarquía salteña tradicional (los Patrón Costa) vendió la tierra a una empresa estadounidense, la *Seabord Corporation*, mientras apareció también el grupo industrial-financiero italiano *Techint*, que comenzó a tender un gasoducto hacia Chile atravesando toda la finca, y varias empresas madereras empezaron a talar en la zona baja y cálida (yungas) de la misma. Contra este frente, de hecho, de quienes cambian radicalmente la relación entre el ambiente y la comunidad indígena, la Tinkanaku se alió con organizaciones ambientalistas, como *Greenpeace*, interesadas en la preservación de los bosques, e hizo caravanas en 1993, 1995 y 1997, recorriendo cada vez cerca de 1 800 kilómetros hasta Buenos Aires. Su lucha unificó la exigencia de expropiación de la finca para uso colectivo, la protección ambiental contra la tala del monte y la construcción del gasoducto. En alianza con los ambientalistas, los *kollas*, que siempre han preservado el ambiente, libran así una batalla política y ambientalista y han impuesto a sus adversarios el terreno de la defensa del ambiente.

si esa democratización se concretara, pasará por la autoorganización de los trabajadores ocupados y desocupados, la democratización de los sindicatos [y] el intento de recuperación de las conquistas históricas

Por otra parte, las empresas (la estadounidense, la italiana, las madereras) desconocen a los indígenas como tales y sólo se refieren a ellos como arrendatarios, negándose a tratar con éstos porque el acuerdo es con los anteriores propietarios (los terratenientes). Los *kollas* cortaron los caminos internos en la finca, para evitar la tala de las madereras y las transformaciones que quiere realizar la *Seabord*, y chocaron con las fuerzas públicas estatales. El gobierno constitucional instaurado en 1983 apareció como nuevo actor; con la aprobación de la ley 23 302, el Estado creó el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) y el Registro Nacional de Comunidades. Tinkanaku obtuvo así personería jurídica de comunidad indígena y el Estado reconoció la propiedad de la tierra que los grupos indígenas ocupan —desde antes de la Colonia y la Independencia—, aplicando el artículo 75 de la Constitución Nacional de 1994. Los Patrón Costa cambiaron entonces de táctica y argumentaron que los *kollas*, como sus hermanos andinos de Bolivia y Perú, son habitantes de las zonas altas, y no de las zonas bajas, madereras. Se hicieron, por consiguiente, indigenistas, etnólogos, antropólogos, con tal de seguir talando, y hablan de la unidad nacional entre indígenas y descendientes de europeos, negando, evidentemente, los derechos preexistentes de las comunidades indígenas porque, según ellos, dichos derechos obligarían a cambiar la propiedad de todas las tierras “de media Argentina y de media América”.³⁵

Los resultados de esta pugna muestran una situación inestable. Las comunidades aceptaron la construcción del gasoducto que, sin embargo, debió modificar su trazado. *Techint* tuvo que indemnizarlas con medio millón de dólares (reconociéndolas de hecho como propietarias), mientras la *Seabord Corporation* tuvo que reducir mucho su tala en las zonas bajas. Sin embargo, los *kollas* no han conseguido la propiedad

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ Entrevista a un miembro de la familia Patrón Costa.

de la tierra, que sigue siendo su objetivo principal, aunque sí han obtenido el reconocimiento del carácter de propietarios preexistentes, lo que los coloca en una situación jurídica favorable. Consiguieron también trasladar su problema a escala internacional y lograr apoyo en otras partes del mundo y de Argentina, cambiando así su visión de sí mismos y su autoconfianza. Mientras, sus adversarios debieron reconocerles el carácter de indígenas y entrar a discutir, colocándose a la defensiva, en el terreno que las comunidades y sus aliados ecologistas habían escogido. Las relaciones de fuerza preexistentes han cambiado y el resultado de esta fase de la lucha no es definitivo, constituye sólo una etapa en el combate de esos 2 500 *kollas* contra empresas internacionales y fuerzas políticas poderosas. El conflicto continúa.

En cambio, en la provincia de Misiones, que linda con Brasil y Paraguay, en el noreste argentino, se está realizando una experiencia de diálogo que hasta ahora ha sido fructífera, entre los ocupantes de tierras, las autoridades municipales y algunas organizaciones no gubernamentales. En los últimos años³⁶ unas ocho mil familias de campesinos sin tierra ocuparon cerca de 150 mil hectáreas de tierras, privadas o fiscales y, entre éstas, dos mil hectáreas fueron cedidas por el ejército al municipio de Puerto Iguazú, junto al Parque Nacional Iguazú y al Parque Provincial Península –reservas naturales que albergan muchas especies en peligro de extinción–, donde se instalaron unas mil familias organizadas en comisiones. En octubre de 2003 las recién elegidas autoridades municipales, la Pastoral Social de la Diócesis de Iguazú y la Administración Nacional de Parques Nacionales establecieron diálogo con los ocupantes por intermedio de la Fundación Cambio Democrático y la Asociación Misionera de Mediación. En reuniones con cada uno de los grupos de ocupantes, se realizó un estudio técnico y participativo con base en el cual se estableció el consenso sobre la necesidad de elaborar un plan de desarrollo local para los habitantes de las dos mil hectáreas ocupadas, y establecer entre todos un plan de desarrollo urbano sustentable de Puerto Iguazú. Los ocupantes se comprometieron a no quemar para obtener tierras para su cultivo y la Administración de Parques Nacionales ofreció capacitación y educación ambiental para las comisiones barriales y rurales, mientras el Municipio y la Pastoral social ofrecieron, a su vez, recursos para el proyecto productivo elaborado por los campesinos. El diálogo permitió encauzar el conflicto. Aquí también, de hecho, se ha construido en cierto modo un frente entre una parte de la sociedad civil, la Pastoral Social de la diócesis católica, y los ocupantes, lo cual obligó a las autoridades gubernamentales, municipales y federales (interesadas también en preservar el ambiente en una zona de alta importancia turística), a negociar con las familias campesinas.

Mientras Misiones está del lado oriental del río Paraná, la provincia de Formosa está del lado opuesto. Tradicionalmente, la actividad predominante en ella fue la agrosilvoganería: actividad forestal, ganadería vacuna, cultivo algodónero. Antes de la dictadura, la Iglesia Católica organizaba Ligas Campesinas –que fueron duramente reprimidas–, las cuales estaban integradas por pequeños productores y sus familias, y por ocupantes de tierras estatales. La llamada “revolución verde”, y después la “revolución biotecnológica”, transformaron los espacios agrorurales y Formosa se reorientó, al igual

³⁶ Cfr. Juliana Robledo, “Crónicas: el conflictivo acceso a la tierra en Misiones, una experiencia colaborativa”, Fundación Cambio Democrático (Internet), 2004.

que el resto del sector rural argentino, hacia la exportación, en particular de soja RR transgénica, y comenzó la aplicación en gran escala de pesticidas y plaguicidas tóxicos.

El Estado, por su parte, aplicando las políticas neoliberales, dismanteló la Junta Nacional de Carnes, la Junta Nacional de Granos, la Dirección Nacional del Azúcar, la Comisión Reguladora de la Yerba Mate y otros organismos similares que regulaban los mercados de productos agrícologanaderos; el resultado fue la reducción en casi 25 por ciento de las explotaciones agropecuarias, un fuerte aumento del tamaño de las mismas (el pez grande se come al chico), un aumento de la superficie agrícola a costa de la disminución de la ganadería, una reducción de casi 25 por ciento de la superficie dedicada a los cultivos industriales y un aumento enorme de la producción de oleaginosas, en particular de soja,³⁷ la cual representa hoy alrededor del 50 por ciento de la producción total de granos, según datos oficiales, y va a China –como granos–, a la India –como aceite–, y a Italia –como *pellets*–.

En las zonas tradicionalmente productoras para el mercado interno y para la agroindustria, en respuesta a esta agresión a las unidades familiares y al ambiente, surgieron organizaciones campesinas y de pequeños productores, como el MML ya citado, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (Mocase), el Movimiento Campesino Formoseño (Mocafor), el Movimiento Agrario Misionero (MAM), la Asociación de Pequeños Productores del Noroeste de Córdoba (Apenoc) y otras similares, todas las cuales integran Vía Campesina, mantienen contacto con los piqueteros urbanos, se oponen a los desalojos rurales, luchan por la tierra y encaran la necesidad de una “economía alternativa”, intercambiando directamente semillas y sus productos en las ferias francas, nacidas en Misiones pero que se han extendido a otras provincias. Esta creación de redes de solidaridad y autonomía respecto de las grandes empresas no sólo abarata sus costos y les asegura mercados locales, sino que elimina también a los intermediarios.³⁸ Además, permite que los ingresos circulen en la comunidad, en vez de irse hacia los grandes centros, lo que hace popular la iniciativa de las ferias francas. Así, sobre la base del ejemplo del Mocafor y la Feria Franca de Oberá (Misiones), en Colonia Loma Senés se constituyó la Asociación Civil Feriantes de Pirané, que fue reconocida de interés municipal por el decreto número 963 de la Municipalidad de Pirané.

A partir de 2000 dos empresas extrarregionales comenzaron a arrendar tierras para producir soja, una de ellas con el sistema tradicional y la otra con semillas transgénicas y siembra directa. La exención impositiva, pues no hay impuesto sobre la tierra, y el bajo precio de arriendo (10 pesos la hectárea, o sea, cerca de tres dólares) les permite trabajar a bajo costo cerca de 500 hectáreas cada una. La empresa sojera que trabaja con agrotóxicos es vista como enemiga, entre otras cosas porque arrienda campos de 11 a 90 hectáreas, pero intercalados en forma de damero, lo que extiende los daños ambientales a toda la zona. Además exporta, lo cual hace que en la zona

³⁷ Cfr. Diego Domínguez, Pablo Lapegna y Pablo Sabatino, “Agricultura en tensión en Colonia Loma Senés, provincia de Formosa, Argentina. ¿Commodities para exportación o producción alimentaria para los pueblos?”, *Biodiversidad, Sustento y Culturas en América Latina*, 2004.

³⁸ *Ibidem*.

no haya un flujo de ingresos, pues el criterio extractivo no permite la reinversión local, pero sí que el cultivo de soja ahorre mano de obra y que los insumos (químicos y maquinarias) no sean locales, como tampoco lo es la transformación de la soja en harina o aceite, que se realiza fuera de la región.

A comienzos de 2003, las fumigaciones con glifosato y 2.4D habrían perjudicado las chacras de los campesinos, los cuales, unidos a ONG ambientalistas y centrados en el desarrollo local, lograron un fallo judicial que impedía dichas fumigaciones, creándose así un claro conflicto entre la agricultura industrial, de tipo minero, y la producción campesina de alimentos. No sólo en Colonia Loma Senés aparecieron este tipo de conflictos: también en Belgrano agricultores del Mocafor impidieron el vuelo de las avionetas que fumigaban dañando sus campos, y en la zona del Colorado, siempre en Formosa, denunciaron la mortandad de peces y aves debido a las fumigaciones de los campos de soja.³⁹

Domínguez, Lapegna y Sabatino (2004) observan con razón que en el pasado los agricultores formoseños tenían también una relación con la agroindustria (en ese caso algodón). Esa relación se caracterizaba por la subordinación a aquélla, pero en un proceso de integración que permitía establecer un mercado de trabajo y el flujo de los ingresos en la zona. La “agricultura sin agricultores”, para la exportación y a costa del ambiente, modifica radicalmente esa situación y plantea un conflicto político-social, pues concentra aún más las tierras, privilegia la producción de forrajes exportables a costa de la de alimentos y expulsa campesinos.

En Colonia Loma Senés, las empresas sojeras, al arrendar la tierra de las unidades familiares más ricas, las retiraron de la producción, mientras ofrecían a los agricultores sin tierra o con poca tierra unos pocos puestos de trabajo inestables y de alto riesgo. En cuanto a los campesinos organizados como feriantes, además del riesgo para la salud de sus familias, los agrotóxicos afectaron la oferta de una variedad de productos en la feria y, por tanto, debilitaron el lazo entre los feriantes y los consumidores en Pirané.

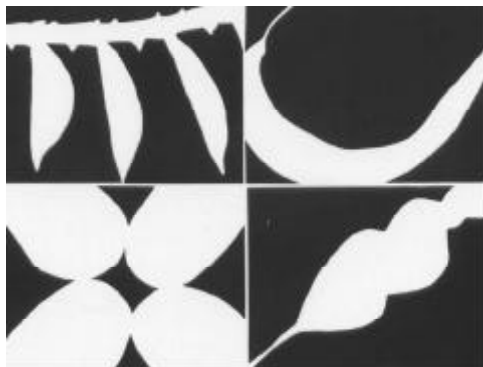
De ese modo se oponen dos concepciones sobre la agricultura (*commodities* frente a la producción de alimentos), la economía nacional (para la exportación o para las necesidades del mercado interno) y la relación con la naturaleza (amigable con el ambiente o extractiva, minera).

Por su parte, en la provincia de Santiago del Estero —en el centro de Argentina, en el departamento de Figueroa, el más pobre del país, situado a 120 kilómetros de la capital provincial— funciona la Mesa de Tierras que participa en el Mocase de los Juríes. La Mesa de Tierras está compuesta por cuatro zonales, el Procafi, la Dufinoc, la Cupaff y el Unpefrof, más la parroquia de Bandera Bajada, las escuelas rurales y algunos abogados rurales. La mesa agrupa a 70 comunidades, con casi 1 400 familias, que luchan contra los terratenientes invasores, el robo de ganado y los desalojos de campesinos. La Mesa de Tierras de Figueroa enfrenta actualmente cerca de 50 conflictos agrarios con empresarios de varias provincias y del extranjero. Se reúne una vez por mes. No tiene personería jurídica, no está organizada en cooperativa, es simplemente una asamblea donde participan en igualdad todos los que

³⁹ *Ibidem*.

quieren discutir el problema de la tierra. Cada zonal nombra delegados. Todo el mundo tiene voz y voto y las decisiones se toman por consenso, no existen funcionarios, y todos asumen los gastos colectivos y de transporte, de modo similar a como funcionan los llamados *piqueteros autónomos* de Solano, en la provincia de Buenos Aires.

La mesa trata de impedir el desmonte y el cuatrismo en una provincia que era una verdadera dictadura del gobernador (hoy destituido por resolución federal por su implicación en varios asesinatos). El gobernador destituido hizo matar, a cargo de su jefe de policía, a un ganadero; tenía más de 40 carnicerías clandestinas en la ciudad de La Banda y entraba de noche en los campos de los pequeños propietarios para llevarse el ganado y destazarlo. La lucha del Mocase, que el 18 de junio de 2004 cortó la ruta nacional número 5 con 1 500 campesinos, se opuso a esa dictadura virtual. De este modo, esa organización une la defensa de la tierra y de los derechos de los agricultores en la provincia con la defensa de los derechos humanos y la legalidad, combatiendo para eliminar el caciquismo enraizado de los Juárez, que se fortaleció durante la dictadura militar de 1976-1983.



Ahora el desmonte en las tierras de los campesinos busca preparar el camino a la expulsión de éstos, para cultivar soja. El Mocase replicó con una movilización, para exigir al interventor federal en la provincia soluciones a las exigencias campesinas que el gobierno del cacique-gobernador Juárez desconocía. Desgraciadamente, el Mocase se dividió en 2001 entre el grupo de Los Juríes (donde nació y funciona la mesa) y el de Quimilí. Éste ha contratado asesores en la vecina provincia de Córdoba, y los mismos controlan al grupo y adoptan las decisiones, mientras que el de Los Juríes es dirigido democráticamente por los campesinos. La posibilidad de una reunificación de los dos fragmentos del Mocase es grande, ya que existe la presión campesina en ese sentido y, además, para ser eficaces, incluso en las negociaciones con el gobierno provincial, deben tener fuerza y representatividad.

Breves conclusiones

Mientras subsista la desocupación, que es estructural y no coyuntural, habrá piqueteros. Las viejas formas del movimiento obrero seguirán así dando base a las nuevas organizaciones, con sus cuerpos de delegados y sus asambleas. Pero una reanimación de algunos sectores industriales calificados, como el metalúrgico, o no calificados, como el de la construcción, podrían “descremar” el movimiento piquetero y modificarlo internamente. Al mismo tiempo, las transformaciones en el sector rural, con la concentración de la tierra y la producción sojera, estimularán los movimientos rurales, que ya funcionan prácticamente en red, lo cual pondrá en el orden

del día político el problema de la tenencia de la tierra y su utilización productiva, todavía ausente en los programas de los movimientos sociales y políticos urbanos. Una mejoría de la situación económica,⁴⁰ por otra parte, podría dar nuevos plazos a los obreros que por lo general ocupan plantas obsoletas, pero que la ampliación del mercado haría transitoriamente viables. Por su parte la crisis del peronismo podría servir de base al debilitamiento de la burocracia sindical corporativa, aliada del gobierno, que podría enfrentar un proceso de democratización de base, unido a la exigencia de recuperación del poder adquisitivo de los salarios, que ha sido brutalmente reducido. En tal caso, vastos sectores de las clases medias asalariadas y de estudiantes, que se están organizando en diversas provincias, podrían establecer nuevamente una alianza con los trabajadores, en este caso ocupados y, de paso, con algunos de los movimientos de desocupados. El panorama social y político de la Argentina actual cambiaría notablemente.

⁴⁰ Los precios de la soja, presumiblemente, se mantendrán altos por la demanda china; la industria argentina tiene aún capacidad instalada no utilizada y podría reclutar nuevos trabajadores.

Bibliografía

Almeyra, Guillermo

2004 *La protesta social en Argentina. 1990-2004*, Peña Lillo-Continente, Buenos Aires.

2005 "Los movimientos rurales en Argentina", *ALASRU*, núm. 2.

Bidaseca, Karina y Daniela Mariotti

2001 "Viejos y nuevos actores en la protesta rural en Argentina. Una reflexión desde la cuestión de género", en Norma Giarracca *et al.*, *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires.

Bonnet, Alberto R.

2005 "Luchas sociales y neoconservadurismo: a propósito de *La protesta social en Argentina (1990-2004)*, de Guillermo Almeyra", *Cuadernos del Sur*, núms. 38-39, mayo de 2005, Buenos Aires.

Domínguez, Diego, Pablo Lapegna y Pablo Sabatino

2004 "Agricultura en tensión en Colonia Loma Senés, provincia de Formosa, Argentina. ¿*Commodities* para exportación o producción alimentara para los pueblos?", *Biodiversidad, Sustento y Culturas en América Latina*.

2004 "Conflictos por el control de la tierra: pueblo kolla Tinkanaku en Salta", Internet.

Giarracca, Norma

2001 *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires.

Mariotti, Daniela y Diego Domínguez

1999 *Alianzas estratégicas, nuevas dinámicas de acción en el conflicto por la tierra*, Buenos Aires, Informe para el Instituto para el Desarrollo Económico y Social.

Negri, Toni y Michael Hardt

2002 *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.

Robledo, Juliana

2004 "Crónicas: el conflictivo acceso a la tierra en Misiones, una experiencia colaborativa", Fundación Cambio Democrático.

Scott, James

2000 *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México.

Zibechi, Raúl

2003 *Genealogía de la revuelta argentina. La sociedad en movimiento*, Letras Libres-Nordan, La Plata-Montevideo, 2003.

